

con resolución de atravesar á escape la distancia de esta ciudad á Bayona para ganar tiempo, pues tanto le urgía llegar á París. Felicítóle su hermano con motivo de los festejos del día primero de año diciéndole: «Ruego á V. M. acoja mis votos á fin de que en el presente año la Europa pacificada por obra vuestra haga la debida justicia á vuestras intenciones... (1).» Y él le respondió: «Agradezco lo que con respecto á este año nuevo me manifestáis. No tengo esperanza de que pueda la Europa quedar pacificada en tan corto término; tan poco confío en ello, que acabo de dar un decreto llamando á las armas á cien mil hombres más. El rencor de la Inglaterra, los acontecimientos de Constantino, todo hace presagiar que la hora del descanso y de la tranquilidad aún no ha llegado.» Estas acerbas y melancólicas palabras parecían como preludio de las terribles jornadas de Essling y Wagram. Salió Napoleón de Valladolid el 17 de enero muy de mañana con unos cuantos edecanes, escoltado por varios piquetes de la guardia imperial que estaban apostados de trecho en trecho desde Valladolid á Bayona. Hizo toda la travesía á caballo. Hizo en todas partes correr la voz de que volvería de allí á unos veinte días, y hasta se lo dijo así á José, prometiéndole estar de regreso antes de un mes si no tenía guerra con el Austria.

José, que había obtenido permiso de su hermano para establecerse en Madrid, se ocupaba en los preparativos de una entrada solemne en la capital. Gustaba del aparato como todos los hermanos del emperador, que se veían reducidos á buscar en la pompa exterior el prestigio que á aquél le daba superabundantemente su gloria. Carecía José de dinero, y había logrado de Napoleón dos millones de francos en numerario á cuenta del valor de las lanas confiscadas de que había de participar el tesoro español, y habíase proporcionado Napoleón dicha suma haciendo acuñar con el busto del nuevo rey la plata de que se había despojado á las casas principales cuyos bienes estaban secuestrados por delito de traición. Deseaba José sin embargo volverse á presentar en su capital bajo los auspicios de algún suceso ruidoso; y aunque consideraba como un hecho de armas ya de suyo asaz deslumbrador la expulsión de los ingleses del territorio español de resultas de la batalla de la Coruña, que se suponía muy desastrosa para ellos, y que contribuía á hacer perder toda confianza en el apoyo de la Gran Bretaña, esperaba sin embargo de un día para otro la noticia de otra hazaña del mariscal Víctor contra las reliquias del ejército de Castaños retirado en Cuenca: con esta idea aplazaba José su entrada en Madrid para cuando llegase el parte de lo ocurrido por aquel lado. Ningún acontecimiento hubiera sido en verdad más feliz que la toma de Zaragoza, pero la singular obstinación de esta ciudad no daba campo á esperarla todavía.

En efecto, el mariscal Víctor había ido con las divisiones de Villatte y Ruffin la vuelta del Tajo, desde que la llegada á Madrid de la división de Dessoles había permitido distraer de la capital algunos de los cuerpos en ella acantonados. Habíase dirigido por la izquierda hacia Tarancón con objeto de salir al encuentro de las tropas procedentes de Cuenca. Conviene digamos el

(1) Cartas de José y de Napoleón existentes en la secretaría de Estado. (N. del A.)

motivo de aquella especie de movimiento ofensivo del antiguo ejército de Castaños, que después de la desgracia de este general pasó bajo el mando de la Peña y últimamente á las órdenes del duque del Infantado.

Cuando, temeroso el general Moore de la empresa que iba á acometer, se adelantó por el camino de Burgos para amenazar, según decía, á las comunicaciones del enemigo, pero en realidad para acercarse á la carretera de la Coruña, temió ver encima todas las fuerzas de Napoleón, y pidió que los ejércitos del Mediodía hiciesen un amago sobre Madrid con objeto de divertir la atención de los franceses. La junta central, incapaz para mandar y no acertando á hacer otra cosa más que transmitir los pedidos de auxilios que los cuerpos insurreccionados se hacían unos á otros, instó con todo empeño al ejército de Cuenca á que verificase algún movimiento en el sentido indicado por el general Moore. El duque del Infantado, siempre malhadado en las cosas de la guerra como en las de la política, se apresuró á sacar de Cuenca hacia el camino de Aranjuez parte de sus tropas. Reducido en un principio á unos ocho ó nueve mil soldados indisciplinados y desmoralizados que había recibido de la Peña, había conseguido restablecer un tanto el orden, y había ido aumentando sucesivamente su número con los zagueros que se le habían incorporado y con unos cuantos destacamentos procedentes de Granada, Murcia y Valencia; con lo que llegaban ya sus fuerzas á unos veinte mil hombres. Estimulado por las comunicaciones de la junta central dirigió de catorce á quince mil hombres sobre Uclés por la vía de Tarancón: confió este destacamento, que constituía el grueso de su ejército, al general Venegas, el cual había dado pruebas de cierta entereza en la retirada de Calatayud; y se propuso seguirle con una retaguardia de cinco á seis mil hombres.

El mariscal Víctor, que tenía á su disposición la división de Ruffin desde el regreso de la división Dessoles á Madrid, la encaminó inmediatamente sobre Aranjuez para incorporarla con la división de Villatte que ocupaba ya las orillas del Tajo con los dragones de Latour-Maubourg. El 12 de enero dirigió sobre Tarancón sus dos divisiones de infantería y sus dragones, componiendo unos y otros una fuerza de doce mil combatientes de las tropas más escogidas de Europa, y capaces de arrollar á un número de españoles triple ó cuádruplo del que iban á combatir.

Sabiendo que los españoles le esperaban en Uclés en una posición bastante fuerte, se propuso no combatirlos sino con los dragones de Latour-Maubourg y la división de Villatte, que eran suficientes para desalojarlos, y tomando por su izquierda con la división de Ruffin un rodeo por las montañas de Alcázar, cortarles la retirada de modo que no les quedase escape. El 13 por la mañana la división Villatte avanzó resueltamente sobre Uclés. Consistía la posición de los españoles en dos cerros bastante elevados, entre los cuales asienta la pequeña villa de Uclés, en los que tenían aquéllos apoyadas sus dos alas, con el centro de la mencionada villa. Acometió impetuosamente el general Villatte con sus regimientos veteranos y desalojó al enemigo de todas sus posiciones. Entretanto el 27 ligero rompía por la izquierda la derecha de los españoles, y el 63 de línea tomaba por asalto en el centro la villa de Uclés, pasan-

do á cuchillo á cerca de dos mil enemigos, juntamente con los frailes de su convento, que habían hecho fuego contra nuestras tropas. Por la derecha los regimientos 94 y 95, maniobrando para envolver á los españoles, los obligaron á replegarse sobre Carrascosa, donde los esperaba la división de Ruffin oculta en los peñascos de Alcázar. En su presurosa huida hacia este punto fueron en efecto detenidos aquellos desgraciados por la división de Ruffin que asomó cortándoles el paso por un angosto desfiladero: tomaron al punto posición resueltos á vender caras sus vidas; pero acometidos de frente por el 9.º ligero y el 36 de línea y envueltos por el 24, tuvieron, mal de su grado, que rendir las armas. Algunos de ellos, intentando enseñorearse de aquel mismo desfiladero de Alcázar, por donde había desembocado la división de Ruffin, se dirigían hacia él para ponerse en cobro; mas la artillería de Senarmont, que había quedado rezagada por el mal estado de los caminos, le tenía ya ocupado, y previendo este general que los prófugos dominían sorprenderle, con la misma resolución y tino que en Friedland formó su artillería en cuadro, mandó hacer fuego en todas direcciones y detuvo á la columna fugitiva, la cual fué repelida sobre las bayonetas de la división de Ruffin. Cerca de trece mil hombres rindieron allí las armas de resultas de esta brillante operación, entregando treinta banderas y una numerosa artillería (1).

Corrió sin pérdida de tiempo el mariscal Víctor á Cuenca para alcanzar á los pocos que quedaban del cuerpo del duque del Infantado; pero éste se había apresuradamente puesto en cobro camino de Valencia, dejándonos los heridos, los enfermos y todos los pertrechos que no pudo llevar consigo. Recogieron nuestros dragones las reliquias de su cuerpo de ejército y acuchillaron á varios centenares de españoles.

Después de este triunfo era natural que hubiese tranquilidad en Madrid por mucho tiempo, y la victoria de Uclés probaba que no podía costar mucha sangre la conquista del Mediodía de la península. Sin embargo, aún no era posible arriesgarse á tanto. Era menester que antes se estableciese José en Madrid, que el ejército francés descansara y que se rindiese Zaragoza. Los sucesos de la Coruña eran ya enteramente conocidos: sabíase que los ingleses se habían retirado desordenadamente, abandonando todo su material de guerra y dejando en el campo de batalla y por los caminos una cuarta parte de su fuerza efectiva, sus principales oficiales y su mismo general en jefe. La rendición de todo un ejército español en Uclés, desquite glorioso de la malhadada función de Bailén si la captura de un ejército español hubiera podido producir el mismo efecto que la de un ejército francés, era un nuevo trofeo muy adecuado para ilustrar la vuelta del rey José á Madrid. Quería Napoleón que la entrada de su hermano en la capital de España fuese en cierto modo triunfal, y para

(1) Omite Mr. Thiers referir que varios cuerpos de caballería y algunas otras reliquias pasaron el desfiladero y llegaron á Carrascosa por la serenidad y esfuerzo del general don Pedro Agustín Girón. También se le olvidó decir cómo fueron los dragones franceses batidos en Tarancón antes de la batalla de Uclés, y por último referir las infamias que después de esta aciaga jornada cometieron los franceses con los indefensos religiosos del convento de Alcázar, y de que puede enterarse el curioso lector por un testigo bien imparcial por cierto, cual es el oficial francés Mr. de Rocca, cuyo relato copia Toreno. (N. del T.)

esto le había dejado las divisiones de Dessoles y Sebastiani, á fin de que pudiese ostentarse acompañado de las más aventajadas tropas del ejército francés y se presentase á los españoles robustecido con las legiones veteranas que habían impuesto la ley á la Europa. «Antes les mandé corderos, decía aludiendo á los bisoños de Dupont, y los han devorado; ahora voy á enviarles lobos para que á su vez los devoren á ellos.»

Entró, pues, en Madrid el rey José el 22 de enero á la cabeza de estos formidables guerreros, con salva y repique de campanas, saliéndole á recibir el vecindario sumiso y casi resignado á acatar la nueva dinastía, vencido ya, aunque á despecho, de que la dominación francesa era preferible á la del populacho feroz que aún ostentaba en sus manos reciente la sangre del malhadado marqués de Perales. Sólo el populacho se mostraba exasperado é inspiraba todavía recelos; pero acababan de ser presos unos cien individuos de los que le capitaneaban, y por otra parte en el Retiro, dominando á Madrid, se alzaba una imponente fortaleza erizada de cañones, capaz de reducir á cenizas en pocas horas la capital de España. Fué, pues, recibido José con profundo respeto, y hasta con cierta satisfacción, por la parte principal del vecindario pacífico; pero con rabia reprimida por el pueblo bajo, que se reconocía deshonrado con el advenimiento de un gobierno regular, porque verdaderamente esto era lo que le pesaba más aún que el destronamiento de Fernando. Trasladóse José al palacio real, adonde fueron á verle y cumplimentarle las autoridades civiles y militares, el clero y todos los grandes que no habían querido ó podido salir de Madrid. Era tal el concepto que José gozaba de protector de los españoles para con el conquistador que sobre ellos tenía alzada su formidable diestra, que nadie consideraba como delito el irle á ver; pero en realidad de verdad, si algo francés podía gustar á los españoles, aún tenía más afectos la tremenda grandeza de Napoleón que la indulgente debilidad de José, y si bien era ésta el pretexto de muchos homenajes tributados á los pies del nuevo monarca, aquélla era el verdadero motivo: tal es el poder fascinador de la gloria.

Hallábase, pues, José bastantemente acompañado para tenerse por seguro en el palacio de Madrid. El célebre D. Tomás de Morla aceptó de él un empleo. Otorgó varias gracias, y entre ellas á algunos reos la rebaja de sus respectivas condenas. Recibió de Sevilla varios avisos de no ser cosa imposible el entrar en tratos con respecto á la posesión de la Andalucía, porque además de que la junta central había descendido al último grado del menosprecio por su mala manera de gobernar, acababa de perder á su presidente el ilustre Floridablanca, que era el único que la daba cierto lustre: de modo que no conociendo el secreto del destino, bien merecía disculpa cualquiera que juzgase que á la nueva dinastía impuesta á España le estaba reservada la misma suerte que á las de Nápoles, Holanda y Cassel, que daban ya indicios de arraigarse sólidamente.

En medio de todas estas apariencias de sumisión, sólo un suceso, siempre anunciado, pero excesivamente tardío en su cumplimiento, cual era la rendición de Zaragoza, tenía los ánimos en suspenso, consintiendo aún ciertas esperanzas á los españoles obstinados en la resistencia. Hemos visto á los naturales huir en los campos

de batalla sin cuidarse de lo que exigían el honor militar y su antigua gloria: vamos ahora á verlos de nuevo en Zaragoza rescatando todas las humillaciones sufridas por sus armas, oponiendo á nuestros soldados la más gloriosa defensa que opuso jamás ciudad sitiada á la invasión extranjera.

Hemos manifestado ya los inevitables retrasos que había producido en el asedio de Zaragoza el movimiento cruzado de nuestras tropas en derredor de la plaza. Aunque la victoria de Tudela, que abrió el Aragón á nuestras huestes y removió todo obstáculo entre Pamplona y Zaragoza, se había ganado el 23 de noviembre, el mariscal Moncey, privado al principio de la parte mejor de sus fuerzas por haber tenido que destacar dos divisiones en persecución de Castaños, reforzado después por el mariscal Ney y abandonado por éste en el momento crítico de ir á asaltar las posiciones exteriores de Zaragoza, no había podido aproximarse á dicha ciudad antes del 10 de diciembre. Reforzado finalmente el 13 de este mismo mes por el mariscal Mortier, que había recibido orden de proteger el asedio y de cooperar con las fuerzas sitiadoras en las ocasiones más graves sin cansar á los soldados en las obras y embestidas, aprovechó este auxilio, aunque tan limitado, para estrechar la plaza y tomar las posiciones exteriores.

El 21 de diciembre ocupó la división de Grandjeán por medio de una maniobra atrevida y bien calculada el monte Torrero, que domina la ciudad y cuya cima habían los aragoneses fortificado, mientras la división de Suchet, del cuerpo de Mortier, se enseñoreaba de las alturas de San Lamberto, á la orilla derecha del Ebro, y la división de Gazán, perteneciente al mismo cuerpo, asaltaba con feliz éxito á la orilla izquierda la posición de San Gregorio, repelía al enemigo al arrabal y cogía ó pasaba por las armas á unos quinientos suizos que se habían mantenido fieles á la causa española. Con esta jornada quedaban decididamente encerrados los aragoneses y reducidos á la sola ciudad, por lo que se podían ya emprender las obras de aproximación (1). Mas después de haber prestado al tercer cuerpo este auxilio, volvió el mariscal Mortier á su papel de auxiliar, que se limitaba á cubrir el asedio, y dejando la división de Gazán á la orilla izquierda del Ebro para bloquear el arrabal que por ella se extiende, trasladóse á la margen derecha con la división de Suchet y se apostó en Calatayud, lejos del teatro de los ataques, para impedir cualquiera tentativa que pudiesen hacer los españoles acudiendo, bien de Valencia, ó bien del centro de España. Bastaban en verdad estas medidas para encadenar las opera-

(1) Mr. Thiers incurre aquí en uno de sus acostumbrados pecados de omisión. Mal golpe fué en verdad para nosotros la pérdida del monte Torrero; pero la gloriosa resistencia que el mismo día 21 opusimos en el arrabal á las reiteradas y furiosas embestidas de Gazán hasta obligarle á desistir de su intento, lavó superabundantemente aquella mengua. Las acometidas de los franceses contra nuestras baterías por aquel lado duraron cinco horas: todas fueron infructuosas, tanto que el mariscal Moncey recurrió á la vía de negociación; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo arrogante, diciéndole entre otras cosas: «No hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo más en posición de hablar al señor mariscal de rendición, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza... Advierto al señor mariscal que cuando se envía un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego creyendo que era un reconocimiento.» (N. del T.)

ciones de Zaragoza con el conjunto de nuestras operaciones en España, pero no para conducir el asedio como era debido, porque el tercer cuerpo, formado desde la partida de la división de Lagrange por las tres divisiones de Morlot, Musnier y Grandjeán, apenas contaba más de catorce mil infantes, dos mil jinetes, mil artilleros y otros mil ingenieros. Para las dificultades que iban á presentarse era preciso por lo menos poder utilizar los ocho mil hombres de la división de Gazán que bloqueaban, aunque sin acometerlo, el arrabal de la orilla izquierda (2), y los nueve mil de la división de Suchet que estaban apostados hacia Calatayud á unas veinte leguas de distancia. Esta disposición, resuelta por Napoleón desde lejos y con arreglo á sus elevadas miras, á fin de tener el cuerpo de Mortier de refresco y disponible para trasladarlo á otro punto, adolecía de los inconvenientes anejos á todo plan concebido sin tomar en cuenta las condiciones y pormenores de la localidad á que se destina. No eran por cierto demasiados los treinta y ocho mil hombres que componían los dos cuerpos reunidos para rendir á la indómita Zaragoza.

De ambos lados se habían aprovechado todas estas dilaciones, preparando medios terribles de ataque y de defensa dentro y fuera de Zaragoza. Los aragoneses, orgullosos con la resistencia que habían opuesto el año anterior y confiados en sus improvisados muros, estaban resueltos á vengar en la defensa de su capital todos los descalabros sufridos en campo raso. Después de la jornada de Tudela se habían refugiado en la plaza con una fuerza de veinticinco mil hombres, llevando consigo de quince á veinte mil paisanos fanatizados y contrabandistas consumados, certeros en el manejo del fusil y capaces de destruir uno por uno desde los tejados ó las ventanas á los mismos soldados ante los cuales huían en la llanura. Habíanse agregado á éstos muchos campesinos ahuyentados por el terror de nuestras armas, de manera que la población de Zaragoza, de cuarenta á cincuenta mil almas por lo común, había subido á más de cien mil.

Seguía siempre mandándola Palafox. Valiente, presuntuoso, poco entendido, pero dominado por dos religiosos de talento y secundado por dos hermanos dóciles á su voluntad, el marqués de Lazán y D. Francisco Palafox, ejercía sobre el populacho aragonés incontrastable ascendiente, en particular desde que era notorio que siempre se había opuesto á la prudencia de Castaños, calificada por los fanáticos de traición, con su temerario ardimiento, reputado como heroísmo. El vecindario pacífico iba á ser cruelmente sacrificado en este horroroso asedio al furor de la muchedumbre que, representada por dos frailes, manejaba á Palafox y juntamente la ciudad y el ejército. El miedo mismo de los habitantes de las cercanías había contribuido á reunir grandes acopios de vitualla, porque al huir aterrados á Zaragoza llevaban á ella consigo toda su hacienda, provisiones cuantiosas de granos, vinos y ganados. Los

(2) No hacía poco en verdad el general Gazán con inundar del lado del arrabal el terreno para impedir las salidas de los sitiados; aunque es cierto que hicieron todavía más los nuestros, pues el día 25 mandados por don Juan Oneille desalojaron á los franceses del Soto de Mezquita, obligándolos á retirarse á las alturas de San Gregorio. ¡Pero también lo había olvidado Mr. Thiers!

(N. del T.)

ingleses habían enviado también abundantes municiones de guerra; de modo que había medios suficientes para prolongar indefinidamente la resistencia. Para que durase aún más, alzáronse horcas en todas las plazas públicas, con amenaza de ajusticiar inmediatamente á todo el que hablase de rendición. Nada en suma se omitió para robustecer la natural constancia de los españoles y su sincero patriotismo con otro patriotismo bárbaro y fanático.

Había en el ejército de Aragón retirado á Zaragoza numerosos destacamentos de tropas de línea y muchos oficiales de ingenieros muy capaces y llenos de abnegación. Obsérvase en todas las naciones militares antiguas que, aun después de degeneradas de su primitivo valor, las profesiones facultativas son las que prevalecen en ellas más tiempo. Los ingenieros españoles, tan distinguidos en los siglos XVI y XVII, conservaban aún parte de su mérito antiguo y habían defendido todos los apaches de Zaragoza con formidables y numerosas fortificaciones.

Esta plaza, como queda dicho (lib. XXXI), no está fortificada regularmente; pero el terreno en que asienta y la naturaleza de sus construcciones podían hacerla muy fuerte en poder de un pueblo resuelto á defenderse hasta la muerte. Rodeábala un simple muro de recinto sin bastiones ni terraplenes; mas defendíanla por un lado el Ebro, en cuya margen derecha está fundada, con un muro arrabal en la orilla izquierda, y por otro una serie de espaciosos edificios, como el palacio de la Inquisición y los conventos de Capuchinos, de Santa Engracia, de San José, de Agustinos y de Santa Mónica; verdaderas fortalezas donde no era posible penetrar sin batirlas en brecha (1), protegidas por el acanalado y profundo cauce del Huerba, que ciñe la mitad del recinto de Zaragoza antes de verter en el Ebro. Dentro de la ciudad había vastos conventos, tan sólidos como los de fuera, y grandes casas macizas y fuertes á modo de castillos, con pocas luces á la parte exterior é iluminadas por dentro, como suele usarse en los países meridionales: fábricas de antemano consagradas á la destrucción, una vez decidido que en cuanto cayesen en poder del enemigo las defensas exteriores, habían de convertirse aquéllas en otras tantas ciudades defendidas hasta el último extremo. Todas las casas tenían sus aspilleras, y estaban interiormente abiertas y en comunicación entre sí: todas las calles ostentaban cortaduras y barreras que artillaban numerosos cañones. Pero antes de tener que apelar á la defensa interior, se esperaba poder resistir largo tiempo en las obras ejecutadas á la parte de afuera, que eran en verdad excelentes.

Habíase levantado, saliendo del Ebro y del palacio de la Inquisición situado á su margen, enfrente de la posición que ocupaba nuestra izquierda y para suplir la falta de muralla, una pared de piedra en seco con su terraplén, que unía el edificio de la Inquisición con el convento de Capuchinos y con el de Santa Engracia. La ciudad por este lado presentaba un ángulo saliente, y el Huerba que en este mismo punto empieza á bañarla iba unido con ella hasta el Ebro inferior, por delante

(1) Mr. Thiers exagera la fortaleza de estos edificios, algunos de los cuales, como por ejemplo el de San José, tenían paredes viejas de poco espesor, que desplomándose, más bien que protegían dañaban con su caída á los defensores. (N. del T.)

de nuestra extrema derecha. En el punto referido en que el Huerba se junta con el recinto de la ciudad, habíase construído á modo de cabeza de puente un reducto de forma cuadrangular y fuertemente atrincherao. Siguiendo el curso de aquel riachuelo desde el paraje indicado, se alzaba un poco más allá de su mismo lecho el convento de San José, especie de fortaleza de cuatro lados (2) en cuyo derredor se había abierto un foso guarnecido de terraplén. Detrás de esta línea había una parte de pared, con terraplenes también en algunos puntos y erizada de cañones. Protegían estas diversas obras ciento cincuenta bocas de fuego (3). Por consiguiente, para apoderarse de la línea de los conventos y del Huerba, de la pared terraplenada y después de los edificios había que irlos tomando sucesivamente, arrojando el fuego de cuarenta mil defensores, los unos en verdad soldados medianos, los otros paisanos fanáticos, de valor extraordinario al abrigo de las murallas, pero todos provistos de víveres y municiones y resueltos á entregar al exterminio una ciudad que no era la suya, sino de un vecindario supeditado y lleno de espanto. Finalmente, su supersticiosa devoción á Nuestra Señora del Pilar les hacía confiar en que los franceses se estrellarían contra su milagrosa protección.

Dejando aparte los ocho mil hombres de la división de Gazán, que se limitaban á observar el arrabal de la orilla izquierda, y los nueve mil de la división de Suchet, situados en Calatayud, el general Junot, que acababa de tomar el mando en jefe, tenía para asediar esta plaza, defendida por cuarenta mil españoles, catorce mil infantes, dos mil artilleros é ingenieros y dos mil jinetes, todos ellos, sin distinción de veteranos y reclutas y de franceses y polacos, soldados excelentes, conducidos por capitanes inmejorables, como vamos á ver en breve.

El que mandaba á los ingenieros era el general Lacoste, ayudante del emperador, oficial de mérito señalado, activo, infatigable y fecundo en arbitrios, y auxiliábale el coronel del mismo cuerpo Mr. Rogniat y el jefe de batallón Haxo, á quien veremos años adelante afamado con graduación de general. Completaban este personal unos cuarenta oficiales de la misma arma, notables por su instrucción y valentía. Había aprovechado el general Lacoste para los trabajos de su arma el mes transcurrido en llevar tropas de una á otra parte, y mandó trasladar de Pamplona á Tudela por tierra y de Tudela á Zaragoza por el canal de Aragón veinte mil piezas de herramienta, cinco mil sacos de tierra y sesenta cañones de grueso calibre. Al propio tiempo había ocupado á los zapadores en construir gran cantidad de cestones y faginas, en cuyas diversas operaciones le había asistido con acierto el general de artillería monsieur Dedón.

Entre el 29 y el 30 de diciembre, mientras Napoleón perseguía á los ingleses por la vertiente del Guadarrama, mientras los mariscales Víctor y Lefebvre repelían á los españoles á la Mancha y á Extremadura y el general Saint-Cyr se enseñoreaba del territorio de Catalu-

(2) Téngase presente la nota anterior. (N. del T.)

(3) El conde de Toreno asegura que toda la artillería de los sitiados se reducía á unas sesenta piezas de á diez y seis y veinticuatro, de las que los franceses habían arrojado al canal al desistir del primer sitio. (N. del T.)

ña, el general Lacoste, procediendo de concierto con el general Junot, abrió la trinchera á ciento sesenta toesas de la primera línea de defensa, que según acabamos de decir se componía de conventos fortificados y partes de muralla terraplenada, con otra parte del lecho del Huerba. Habíase adoptado por su consejo el proyecto de dar tres embestidas: la primera por la izquierda en frente del fuerte de la Inquisición, encargada á la división de Morlot y más bien como diversión que como ataque formal: la segunda por el centro, delante de Santa Engracia y del puente del Huerba, confiada á la división de Musnier, y ésta formal; y la tercera finalmente por la derecha, contra el formidable convento de San José, confiada á la división de Grandjeán, y la más seria de todas, porque una vez tomado dicho convento, debía conducirnos al otro lado del Huerba, á la parte más débil del muro de recinto y á un barrio por el cual podíamos salir al *Coso*, que es la vía principal que atraviesa la ciudad entera, en cierto modo semejante al baluarte (*boulevard*) de París. Abierta que fué la trinchera, se pasó acto continuo á perfeccionar la primera paralela, y avanzamos hacia la segunda con objeto de acercarnos al convento de San José por la derecha y al reducto del Huerba por el centro.

El 31 de diciembre fué enérgicamente repelida una salida que intentaron las tropas reguladas de la guarnición: en vano querían los españoles recobrar su valor nativo en campo abierto (1). El 2 de enero abrimos la segunda paralela, y empleamos los días siguientes en disponer en diversas baterías treinta bocas de fuego que acabábamos de recibir, con objeto de batir el reducto del Huerba y el edificio de San José y de contrarrestar á la artillería enemiga situada detrás de aquella primera línea de defensa. Mientras se ejecutaban estos trabajos, en los que se empleaban más de dos mil trabajadores cada día bajo la dirección de los zapadores, los sitiados hacían llover sobre nuestras trincheras piedras y granadas disparadas con morteros. Respondíamos nosotros con las descargas de nuestros tiradores, que parapetados con sacos de tierra, herían con el mayor tino en las troneras del enemigo.

El día 10, terminadas que fueron nuestras baterías, empezaron todas ellas sus descargas, unas de lleno y otras de rechazo, contra el reducto del Huerba y el convento de San José. No estaba la artillería española mal servida; pero la superioridad de la nuestra logró en breve acallar sus fuegos y abrir hacia el punto de ataque de la derecha un ancho boquete en el convento de San José, y hacia el punto de ataque del centro una media brecha en la cabeza de puente del Huerba. No siendo aún ésta practicable, se demoró el asalto por este lado; mas no el del convento de San José, porque además de ser posible, su toma debía acelerar notablemente los aproches. Continuó el fuego hasta el 11 de enero á las cuatro de la tarde, y á esta hora, practicable

(1) Mandó esta salida el brigadier D. Fernando Gómez de Butrón; pero lejos de ser enérgicamente repelida fué felicísima, porque advirtiendo Butrón que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa (que era sin duda la que iba á hacer enérgicamente eso que monsieur Thiers nos da por hecho), revolvió sobre ella, y tan brillante carga le dió con sus jinetes que la arrolló, y cogió doscientos prisioneros. ¿No tuvieron los franceses mal modo de repeler nuestra salida!

(N. del T.)

ya enteramente la brecha, avanzamos con resolución al asalto del convento. A la sazón cabalmente ejecutaba el enemigo una salida que fué rechazada á paso de carrera, y de la defensa pasamos acto continuo á la embestida. Fueron los encargados de esta arriesgada empresa los cazadores y granaderos de los dos regimientos de línea veteranos 14 y 44 con dos batallones de los regimientos del Vístula; mandábalos un oficial llamado Stahl, jefe de batallón del 14 y digno objeto de la admiración del ejército entero. Aquel convento, de forma cuadrangular, apoyaba en el Huerba y defendíalo el enemigo con tres mil hombres.

A la hora mencionada, mientras el jefe de batallón Haxo con cuatro compañías de infantería y dos piezas de á cuatro avanza á descubierto fuera de las trincheras y se dirige á flanquear el convento de San José, enfilando con sus fuegos la fachada contigua al lecho del Huerba, poniendo espanto en sus defensores y obligando á muchos de ellos á repasar el río, el jefe de batallón Stahl avanza de frente hasta el borde del foso para saltar en seguida á la brecha; pero los escombros del muro no habían bastado para llenarle, por llegar su profundidad á diez y ocho pies y estar cortado á pico, cosa común en España, donde los terrenos enjutos y macizos se sostienen naturalmente sin talud ni revestido. El intrépido Junot, que asistía personalmente á la embestida, había provisto de escalas á sus granaderos; utilizáronlas unos para bajar al foso, al mismo tiempo que otros saltaron dentro sin ninguna precaución, y conducidos por el intrépido Stahl, arrojáronse á la brecha arrojando una lluvia de fuego. Pero érales muy trabajosa la subida, y mientras éstos hacían aquel peligroso esfuerzo, un oficial de ingenieros llamado Dague-net á la cabeza de cuarenta cazadores se dirige por dentro del foso hacia la extremidad izquierda de la fachada lateral, encuentra un puente que le atraviesa y conduce al interior de la fortificación, sube á él con sus cuarenta hombres, y cayendo de improviso sobre la guarnición del convento facilita al jefe de batallón Stahl la entrada por la brecha. Más de trescientos españoles fueron arrojados al Huerba y pasados por las armas y cuarenta cogidos prisioneros.

Esta operación, terminada en cosa de media hora, nos costó treinta muertos y ciento cincuenta heridos, casi todos de gravedad; prueba suficiente del gran calor de aquella acción, atendido el poco desarrollo de la obra atacada.

No bien fuimos dueños del convento, procuramos establecernos en él con seguridad contra los ataques reiterados del enemigo y de los numerosos fuegos de la plaza, la cual, á medida que nos íbamos acercando, nos enviaba en mayor abundancia granadas, bombas y metralla. Cada día teníamos de cuarenta á cincuenta hombres fuera de combate, por lo general gravemente heridos.

Reconocida el 19 como practicable la brecha abierta en la cabeza del puente del Huerba, se resolvió el asalto, y se lanzaron á la obra cuarenta cazadores polacos guiados por oficiales ingenieros y zapadores. Treparon á la brecha con prodigiosa celeridad, unos con escalas, otros sin ellas; y mientras esto se verificaba reventó de súbito una mina dispuesta por el enemigo, aunque sin daño alguno por nuestra parte por hallarse nuestros

soldados fuera del radio de la explosión. Introdujéronse éstos entonces en el reducto y desalojaron á sus defensores, los cuales repasaron el Huerba volando su puente.

Tomado á la derecha el convento de San José, contiguo al Huerba, y asaltado por el centro el reducto del puente, éramos dueños de la línea de las obras exteriores en una mitad por lo menos de su extensión. Esto era lo más importante, porque las operaciones de la izquierda no tenían más valor que el de una mera diversión. Tratábase ahora de atravesar el Huerba por los dos puntos que ya poseíamos, de echar puentes defendidos con espaldones sobre este acanalado y profundo río, y de batir en brecha el muro de recinto en los puntos que apoyaban en el convento de Santa Engracia por una parte y en el de Agustinos por otra. Había por último que alzar nuevas baterías para oponerlas á las de la ciudad, que eran más numerosas y mortíferas cuanto más nos aproximábamos. En esto se empleó el tiempo del 16 al 21 de enero.

Crecían entretanto las privaciones y los padecimientos, así dentro entre los sitiados como fuera entre los sitiadores. En la ciudad habíase declarado una epidemia de resultas de la acumulación excesiva de los habitantes que en ella se habían refugiado, con los heridos y los enfermos. Aumentaba todos los días el número de las víctimas del sitio la lluvia de proyectiles que sin cesar caía y que alcanzaba aún á los que no tomaban parte en la defensa. Pero los vecinos pacíficos, á cuyos ojos aquella desesperada resistencia no era más que una inútil barbarie, estaban supeditados por un populacho frenético y fanatizado por los frailes. Las horcas en todas las principales calles levantadas acallaban á los descontentos. Inventábase además toda clase de noticias para que no decayera el coraje de los sitiados: decíase que habían sido batidos Napoleón por los ingleses, el mariscal Soult por la Romana y el general Saint-Cyr por Vives; anunciábase también la llegada de un poderoso ejército auxiliar; y estas noticias, pregonadas solemnemente á toque de tambor, eran acogidas con salvaje gritería que resonaba hasta en nuestro campo.

Lo que de los sucesos generales de esta guerra hemos referido, basta para que pueda apreciarse la veracidad de semejantes rumores, esparcidos expresamente por Palafox y los que componían el clero regular que le comunicaban sus inspiraciones. Sin embargo, no eran estos rumores enteramente falsos, porque los dos hermanos de D. José Palafox, el marqués de Lazán y D. Francisco, habían salido á recorrer la tierra circunvecina, portadores de órdenes formidables para soliviar el país en todos sentidos, hasta Tudela por un lado y hasta Calatayud, Daroca, Teruel y Alcañiz por el otro. Todos los habitantes varones capaces de llevar las armas eran llamados á presentarse para militar, y debían acudir de cada diez uno á las órdenes de oficiales escogidos para formar un ejército libertador. Cada pueblo tenía que pagar y mantener á los que se movilizasen; los estadizos tenían encargo de destruir nuestros convoyes, matar nuestros enfermos y quitarnos la vitualla, y se conminaba con las más duras penas á los que dejasen de cumplir estas órdenes.

Es fuerza reconocer que los aragoneses desplegaron en su cumplimiento el más patriótico celo. Por el lado

de Alcañiz, en la margen derecha del Ebro, y en la izquierda hacia Zuera, la Perdiguera y Liciñena, movíanse ya con fragor de armas de veinte á treinta mil hombres (1). A pesar de los esfuerzos de nuestra caballería empezábamos á carecer de vitualla, porque los sublevados interceptaban las reses que se dirigían á nuestro campamento. Faltaba, pues, á nuestros soldados la carne para hacer el rancho, las raciones de pan las recibían incompletas, y sufrían sin murmurar crueles privaciones, entreviendo sin desalentarse la continuación de aquel terrible asedio por un mes ó dos todavía. Entristeciábase pensando en su escaso número y considerando que todos los males del asedio pasaban exclusivamente sobre catorce mil franceses, al paso que los ocho mil infantes de Gazán se ceñían á bloquear el arrabal de la margen izquierda y los nueve mil de Suchet vivían descansados en Calatayud. Ya más de mil y doscientos habían succumbido á las fatigas y al fuego. Trasladábanlos en cuanto caían heridos ó enfermos al hospital de Alagón, asilo infecto donde no había más que trapos podridos, sin víveres ni medicamentos. El general Harispe, que había sido encargado de inspeccionarle, se condujo en él con la humanidad tan característica de los verdaderos héroes, porque castigó severamente á los que con tan culpable negligencia le administraban, le reorganizó con esmero y al fin proporcionó á nuestros soldados el consuelo de que no estuviesen en el hospital peor aún que en la trinchera. Llegó por fin el 21 el ilustre mariscal Lannes, que se iba á la sazón acercando al término de su heroica carrera (pues ya corría el mes de enero de 1809, que tan poco distaba de la terrible jornada de Essling), y su presencia era muy oportuna para sostener el ánimo del soldado é inspirarle nueva confianza si acaso la había perdido. El general Junot los seducía con su arrojo; pero necesitaban un jefe que, tomando á su cargo el modificar las órdenes del emperador, hiciese concurrir todas las fuerzas francesas al buen éxito del asedio. Para esto fué en primer lugar útil la llegada del mariscal Lannes.

Valiéndose de su autoridad superior, empezó haciendo concurrir al quinto cuerpo á la toma de la plaza y á la represión de los desórdenes que por fuera se cometían causando el hambre en nuestro campamento. Mandó al general Gazán, que estaba apostado con su división delante del arrabal de la orilla izquierda, que emprendiese su ataque en regla. Desalojados que fuesen los habitantes de este asilo, debían ser repelidos al interior de la ciudad y aumentar en ella la confusión, y entretanto nosotros podríamos abrirla desde la margen izquierda del Ebro. Para dirigir esta operación le dió un excelente oficial de ingenieros, que fué el coronel Dode.

Prescribió en seguida el mariscal Lannes al mariscal Mortier que dejase su posición de Calatayud, donde no prestaba servicio alguno, puesto que por el lado de Valencia no podían ya acudir fuerzas enemigas, y pasase á la orilla izquierda del Ebro á ahuyentar las partidas que nos molestaban.

(1) Este fabuloso ejército no era otro que la corta división de cuatro ó cinco mil hombres que había reunido fuera de Zaragoza don Felipe Perena, y con la cual recorría la comarca. Pero era preciso abultar su número para dar más importancia luego á la fácil victoria que de ellos alcanzó Mortier en la Perdiguera.

(N. del T.)